

Biblioteca-Films

SELECCIÓN **ADORACIÓN** 50 CENTS.



BILLIE
DOVE

Antonio Moreno
Lucy Dornane

SELECCIÓN BIBLIOTECA FILMS
NÚMERO EXTRAORDINARIO

Redacción, Administración y Talleres:

Calle Valencia, 234-Apartado, 707

Centro de Reparto de Suscripciones: Barbañá, 16

B A R C E L O N A

ADORACIÓN

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
por los célebres artistas de la pantalla

Billie Dove-Antonio Moreno

Adaptación por M. NIETO GALÁN

.....
Selecciones GRAN LUXOR

VERDADERA

FUERA DE PROGRAMA

Consejo de Ciento, 290 Barcelona
.....

REPARTO

Príncipe Sergio	ANTONIO MORENO
Princesa Elena	BILLIE DOVE
Gorgella	LUCY DORAINÉ
Conde Wladimiro	Nicholas Soussanin
Iván	Arthur Carlin

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

EXITO

de la novela de Intriga y emoción

LA MÁSCARA DE HIERRO

última creación del eminente

Douglas Fairbanks

Precio 1 Peseta

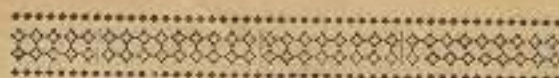
NÚMEROS PUBLICADOS

El Arca de Noé . . . George O'Brien
La mujer disputada. Norma Talmadge
Trafalgar Corinne Griffith

PEDIDOS A

Biblioteca Films - Apartado 707- Barcelona

Acusando el importe en letra de cinco céntimos se recibe
por correo certificado



PETROGRADO

Europa entera retemblaba bajo el rugido del cañón; los campos absorbían inconscientes la sangre de millares de hombres que luchaban por un ideal desconocido, y en las ciudades los que no podían acudir a los campos de batalla para ofrendar sus cuerpos en la horrible matanza, sufrían los rigores de la guerra padeciendo hambre.

Los espíritus más sosegados sentían cierta sublevación contra aquellos seres que habían dispuesto tantos horrores; y mientras que las pocas provisiones iban consumiéndose con extraordinaria celeridad, la corte rusa seguía manteniendo el esplendor de sus fiestas, sus lujos alarmantes que, como una bofetada a la pobreza, mostraba su superioridad hacia los débiles, hacia los desheredados de la fortuna, que veían morirse de hambre a sus seres queridos.

Poco a poco en las entrañas del pueblo,

de aquel pueblo que sufrió tanto bajo el yugo de los poderosos, la semilla de la rebelión iba germinando; sólo faltaba una débil lluvia que hiciera brotar al exterior el descontento de todos.

En ese ambiente sumoso de riqueza y de ostentación, dos seres vivían felices, adorándose el uno al otro, unidos por un amor inextinguible que unía sus almas, fundiéndolas en el fuego sagrado de una pasión, que había nacido en sus corazones hasta unirlos para siempre en los lazos matrimoniales.

Era él el príncipe Sergio Orloff, joven, arrogante, de alma noble y sencilla, que no había dudado desde el primer momento en ofrendar su vida a su patria, batiéndose en los campos de batalla, como un vulgar soldado. Su nombre solía citarse en los salones de la alta aristocracia, como ejemplo de caballerosidad y más de una dama de la corte había suspirado en otra ocasión por apoderarse del corazón del joven príncipe, que pasaba por el lado de las mujeres, como el jardinero entre las flores, admirándolas, embriagándose en su perfume, pero sin tocar ninguna.

Más hizo su presentación la princesita Elena, y la belleza extraordinaria de aquella mujer, la dulzura de su voz, la inteligencia de que parecía estar poseída y todo cuanto rodeaba a la gentil figura de la damita prestá-

bale un encanto sobrenatural. Conociase su paso, por la estela de admiradores que dejaba tras de sí, pero entre todos ellos, el único que mereció desde un principio las atenciones de la joven fué el príncipe Sergio. Entre los dos se estableció, desde el primer encuentro, una corriente de extremada simpatía, que no tardó en unir sus corazones con los lazos de un profundo amor, de una verdadera adoración. Vivieron días felices de ensueños, días inolvidables, en los que la feliz pareja sentíase transportada a un mundo lejano, creado tan sólo para ellos, para poder disfrutar las dulzuras de aquella pasión.

Pero el idilio fué interrumpido en pleno apogeo. El grito de guerra atronó los ámbitos de Europa y los dos esposos se separaron, con el dolor triste, inarcesible de los seres que temen no volverse a ver.

Entre los muchos admiradores de la princesita tenía, era el más asiduo, el más decidido también, el conde Vladimiro Zudowski, que había procurado tomar parte en la guerra, pero desde una posición segura, o sea sin salir de Petrogrado. Sobre la personalidad del conde corrían las más diversas opiniones, aunque todas ellas coincidían en una misma meta: en la de ser poco recomendable la conducta de Vladimiro.

Éste aprovechó la amistad que le unía al

príncipe Sergio para aprovechar su ausencia y constituirse en el acompañante continuo de la princesa, sin que su esposo sospechase de aquella asiduidad. Jamás lo hubiera permitido Sergio, que estaba seguro de que la osadía del amigo no se detenta ante nada, con tal de conseguir el logro de cualquiera de sus sentimientos, generalmente inconfesables.

Pero Elena, confiada en sí misma, segura de que nadie, ni nada, le haría faltar a su deber de esposa, no vió en aquella compañía el perjuicio que podría acarrearle y aceptó sus galanterías, incluso con un poco de vanidad, de esa vanidad tan innata en las mujeres que se saben hermosas y admiradas.

Una tarde, Ivan, el ayuda de cámara, se vió sorprendido con la llegada del príncipe. Venía a pasar varios días de licencia y había procurado no decir nada a nadie, con el solo deseo de gozar de la agradable sorpresa que experimentaría su esposa. Desde una habitación contigua a la de la princesa, Sergio fué arrojando al ayuda de cámara el uniforme que traía y el soldado, al percibir el mal olor que contenía aquella ropa, llena del barro de las trincheras, le dijo, sonriendo, a su señor:

—Esta ropa, Alteza, habrá que desinfectarla.

—Nada de eso—respondió el príncipe—.

Lo único que se puede hacer con ella es quemarla, para que no infecte lo de aquí.

Mientras el príncipe se vestía, iba hablando jovialmente con su ayuda de cámara y, finalmente, le preguntó:

—Ivan, ¿has advertido a todos que no se le diga a la princesa que estoy aquí?

—Perdón, señor—respondió el ayuda de cámara—. He olvidado advertir a la doncella de Su Alteza.

—Pues ves inmediatamente y que esté prevenida.

Entró Ivan en el cuarto donde se hallaba Georgete, la doncella de Su Alteza, una gentil muchachita parisina, importada de París, junto con otras elegancias de la princesa. Georgete era una de esas mujeres que no veían el amor más que en su aspecto práctico y que pensaba que también ella podría conseguir el corazón de algún noble ruso. Se hallaba la doncella en aquel momento probándose una rica capa de pieles blancas, recién llegada para la princesa, cuando entró Ivan y, sin decirle nada, la estrechó entre sus brazos, a la vez que le daba un sonoro beso. Georgete no pudo contener su indignación y castigó con una bofetada el atrevimiento de Ivan, al mismo tiempo que le decía:

—Mon Dieu! ¿Qué atrevimiento!... ¿Cree usted que yo estoy dispuesta a perder el tiempo con un simple criado?

Ivan quedó sorprendido ante aquella exclamación y, por fin, adquiriendo de nuevo su natural jovialidad, hizo una profunda reverencia a la doncella, diciéndole:

—Perdón, por haberlo creído, Alteza...

Su suerte fué que cerró inmediatamente la puerta, pues la indignación de Georgete hizo que ésta le arrojara un objeto que encontró a mano, el cual fué a estrellarse contra la puerta que acababa de cerrar el criado.

El príncipe Sergio, cambiado ya totalmente de ropa, esperaba recostado sobre el alféizar de una de las amplias ventanas del palacio la vuelta de Ivan, cuando vió detenerse en la puerta un elegante automóvil. Se abrió la portezuela y la elegante figura de la princesa se dibujó en la acera. Detrás de ella solió el conde Vladimiro, que besó apasionadamente la mano de la joven. Los dos quedaron un momento parados, despidiéndose, mientras que el conde le decía:

—¡Cuánto envidia a su marido, Elena!... ¡No hay en Petrogrado una mujer tan encantadora como usted!

Ella rió alegremente y entró en el palacio, mientras que el conde quedaba parado, sin apartar la vista de las habitaciones de la princesa. No solamente había sido el príncipe quien había presenciado esta escena, sino que Georgete, desde otra ventana, había visto llegar al conde y le envió una de sus más

prometedoras sonrisas. El conde, poco escrupuloso en cuestiones de mujeres, con tal de que fuesen hermosas, agradeció la sonrisa de la doncella, arrojándole un beso, que fué correspondido por otro de Georgete.

Cuando Elena se presentó para que la desnudara su doncella, ésta, envidiosa de la admiración que causaba a los hombres, no pudo reprimirse y exclamó:

—¡Qué hermosa es la señora!... No me extraña que los hombres cloquecen al verla.

—Ya sabes que únicamente me interesa enloquecer a un hombre, Georgete, a mi marido.

—Enloquecer, a uno solo—continuó insinuante la doncella—; pero embobar, a todos. ¿No es verdad?

—No es verdad—respondió secamente la princesa—, y te ruego que te abstengas en tus manifestaciones.

El príncipe, entre tanto, preso de los celos, recorría de un lado a otro la habitación en que se hallaba, hasta que, por fin, decidió entrar donde estaba su esposa. La sorpresa de ésta fué enorme al ver a su marido. Corrió hacia él con los brazos extendidos, y cuando sus labios se separaron del hombre adorado, exclamó:

—¡He estado tan triste sin ti!

Sergio la miró a los ojos, vió en ellos el amor que su esposa le profesaba y dejó ex-

presar los celos experimentados preguntándole:

—¡Supongo que Vladimiro te habrá hecho compañía, como de costumbre!

Ella no podía comprender el sentido de aquella pregunta y respondió ingenuamente:

—Como de costumbre, ha sido muy amable conmigo...

El la tomó de las manos y, poniendo en sus palabras todo el amor que la profesaba, la suplicó:

—Elena; yo quisiera que no vieres más a ese hombre. Ya conoces su reputación, lo que de él se dice...

Ella rió gozosa y, estrechando nuevamente entre sus brazos al príncipe, exclamó alegremente:

—¡Gracias, Sergio. Tus palabras me dicen que me amas. Sientes celos de otro, como yo los sentiría de cualquiera mujer que se acercara a ti...

—Sí, siento celos, celos de todos y de todos... Tengo miedo de que alguien se interponga entre nosotros... de que algo destruya nuestra felicidad.

Ella le miraba sonriente y en sus ojos, en el brillo que los iluminaba, podía advertirse claramente el amor que sentía por su esposo, su adoración por él.



Tengo miedo de que alguien se interponga entre nosotros

El príncipe, haciendo más fuerte el abrazo en que la tenía, continuó diciéndole, como queriéndole expresar todo el sentimiento que se albergaba en su corazón:

—Te amo tanto, Elena!...

Entre risas y abrazos, besos y caricias, aquella sombra de celos que había enturbiado por unos instantes el corazón del príncipe quedó, por fin, eclipsada. El amor, el verdadero amor, se sobreponía a todo y vencía de todos.

SOBRE ROSA (Sólo para mujeres).	20 cts.
SOBRE GALANTE (para hombres)	20 .
SOBRE INFANTIL	15 .
SOBRE PEPITO	25 .
SOBRE JUANITO	15 .
SOBRE REYES	20 .
SOBRE REYES	10 .
LA NOVELA DEL VIAJERO	20 .

===== PEDALOS ANTES DE QUE SE AGOTEN =
BIBLIOTECA FILMS - Apartado 707 - BARCELONA

Remite el importe en sellos de correo, añadiendo cinco céntimos para el certificado

LA FIESTA DE LOS PRINCIPES

Fueron días de verdadera locura amorosa los que los dos esposos vivieron, aprovechando la corta licencia del príncipe. El conde Vladimiro juzgó innecesaria su presencia su presencia y dejó de asistir al palacio de los príncipes. Mas todo tiene su fin en la vida y aquella licencia, que había puesto, en medio del fragor de la lucha, un oasis de dicha, terminó al fin.

La víspera de su regreso al frente, el príncipe Orloff dió una gran recepción en su palacio, a la que acudió toda la nobleza rusa. El palacio parecía una verdadera ascua de oro; el lujo y la ostentación tenían allí su trono de brillante oropel y las carrozas, portadoras de todos aquellos magnates, iban llegando a la puerta del palacio, abriéndose paso entre la multitud, que apiñada a la puerta del mismo, murmuraba sordamente contra aquel lujo, contra aquel derroche de riquezas, mientras que muchos de ellos, después de haber dado sus seres queridos a la patria,

apenas si tenían con qué vivir. El ánimo del pueblo iba cada vez exaltándose más y cualquiera de estas fiestas era suficiente para que brotase el chispazo de indignación, que hasta entonces había podido contener la policía imperial. Pero los ahijados de la Fortuna no pensaban en los desgraciados que quedaban más allá de la puerta, de toda aquella gente, que podía levantarse al grito de un hombre y lanzarse sobre sus personas, sobre sus casas, sobre cuanto de ellos dependía, con la misma ferocidad de un lobo hambriento, que encuentra una víctima fácil de inmolar.

Ajeno a todo, en el palacio del príncipe iban reuniéndose las grandes personalidades: el conde Vladimiro, la duquesa de Kiroff, duques, príncipes, etc., y entre ellos el general Alejo Muratoff, uno de los aristócratas más apreciados en la corte por su carácter recto, la nobleza de sus sentimientos y su inteligencia privilegiada. Quería a Elena como si fuese una hija suya y este cariño se hallaba compensado con el que también le profesaban los jóvenes príncipes.

Un criado, vestido de lujosa librea, iba anunciando a los personajes a medida que entraban y los príncipes tenían para todos ellos palabras de aliento.

Nuevamente paró un coche en la puerta y de él se apearon el barón y la baronesa de Razienoff, dos nuevos ricos, que habían acu-

mulado sus millones gracias a la guerra. La presencia de ellos fué recibida por la gente que se hallaba a la puerta del palacio con silbidos y frases de mal decir, y el barón quiso hacer un gesto de valentía y se volvió hacia ellos. Esto motivó el que uno de los que allí se hallaban cogiese del suelo un trozo de barro y se lo arrojase a la capa de la baronesa, que entró airada al palacio, diciéndole al príncipe:

—Príncipe, esa gente de la calle me ha arrojado barro. Mire usted cómo me han puesto la capa.

Ante aquel acto de la multitud, el príncipe llamó a su ayudante y le ordenó:

—¡Avisa a la policía para que disperse a esa gente!

El general, hombre que conocía el mundo y que sabía que en ciertas ocasiones es preciso transigir, se acercó al príncipe y le dijo:

—Le aconsejo prudencia, Sergio. Esas gentes están deseando encontrar un pretexto para abandonar su pasividad.

—Bien, general—respondió el príncipe—. Pero yo no puedo consentir que mis invitados sean maltratados.

—Sin embargo, los ánimos del pueblo están muy exaltados. Se teme que de un momento a otro se encienda la mecha de la revolución y nosotros debemos ser los primeros en apaciguar, por todos los medios, el arre-

lato de que está poseído el pueblo... Créame. De esa situación, a los únicos que les toca perder es a nosotros.

No obstante el consejo del general, la orden fué dada e inmediatamente después una compañía de policía a caballo despejó a los grupos que había en la puerta del palacio, a sablazos. Los gritos de los que caían bajo las patas de los caballos no podían llegar al interior del palacio, donde la orquesta hacía sonar ya las melodías de un vals voluptuoso.

La princesa, querida por el general, bailaba con él y el anciano soldado le dijo galantemente:

—Es usted demasiado generosa, Elena, al conceder un baile a un viejo torpe como yo.

—Nada de eso, general—respondió sonriendo Elena—. Ni tan viejo ni tan torpe; únicamente excesivamente modesto.

—Es usted admirable. Usted debía formar parte de nuestro cuerpo diplomático y a buen seguro que alcanzaría los éxitos más rotundos—volvió a decirle el general, mirándola cariñosamente.

Terminó el baile y el conde Wladimiro se apresuró a solicitar el honor de que le fuera concedido el próximo. De buena gana, Elena se hubiera excusado, pero implicaba una descortesía y no tuvo más remedio que acceder. Además, estaba dispuesta a persuadir de una vez al conde de que ella sólo amaba a su



— Es usted demasiado generosa al conceder un baile a un viejo

marido y terminó casi alegrándose de que la ocasión se le ofrecía.

Mientras bailaban, el príncipe no apartaba la vista de la pareja y el conde, cada vez más apasionado por la princesa, no se fijaba en que su esposo les miraba constantemente. Habilmente, y con más disimulo todavía, fué conduciendo el conde a su pareja hasta que logró colocarla cerca de la puerta de la habitación inmediata al salón del baile y, dejando de bailar, le propuso salir un rato a la terraza. Elena comprendió en seguida de lo que se trataba y accedió a ello.

Apenas se vieron solos, el conde empezó diciéndole:

—¿Es usted la mujer más hermosa del mundo!

Una alegre carcajada fué la contestación de la princesa y el conde, sorprendido, le preguntó:

—¿Se ríe usted porque le diga que es la mujer más hermosa del mundo?

—¡Claro!—respondió la princesa—. Porque eso quiere decir que conoce usted todas las mujeres del mundo.

—No se burle, Elena—suplicó el conde—. Se lo digo formalmente. A medida que pasa el tiempo me convengo más de que es usted la mujer más ideal de Rusia. De esta Rusia que va desmorunándose lentamente.

—¿Por qué dice usted eso, Wladimiro?—preguntó, extrañada, la princesa.

—Porque el incidente ocurrido esta noche con la multitud no me ha gustado nada... Temino que algo extraordinario suceda.

—Deseche esa preocupación—respondió Elena, congratulándose de que la conversación tomara aquel derrotero—. Yo no veo como ustedes nada anormal.

—Sin embargo, le hablo formalmente, Elena... y si lo que me temo sucediese no deje de venir a buscarme.

Desde un sitio apartado, el príncipe, que disimuladamente había salido del salón del baile, oía la conversación del conde y su esposa. Esta siguió diciéndole, refiriéndose a la oferta que le había hecho Wladimiro:

—Pero usted olvida, conde, que yo estoy casada y que mi marido es el encargado de protegerme en caso de peligro...

—Sergio sale mañana para el frente—contestó intencionadamente Wladimiro— y mientras él esté fuera puede usted necesitar protección.

A medida que hablaba iba acercándose a Elena y, finalmente, le dijo, con toda la pasión que sabía expresar su mentido amor:

—No sabe leer a través de mis palabras, Elena?... ¿No comprende que estoy enamorado de usted?

—Pues...—respondió, sonriendo maliciosa-

mente la princesa, que veía acercarse a su esposo—estoy enamorada de mi marido.

Y se abrazó a él para hacerle más patente aquellas palabras. Entre los dos hombres se cruzaron unas miradas de verdadero reto, más la proximidad de los invitados y la etiqueta hizo que el incidente no tuviese por aquella vez lamentables consecuencias.

Al quedar solos los dos esposos, unas horas después, en ese momento de dulce intimidad para los matrimonios, Sergio, admirando la belleza de su esposa, recreándose en la maravillosa visión de aquella mujer que le pertenecía en cuerpo y alma, no pudo contener una exclamación de cariño y le dijo:

—¡Elena, no vuelvas a hablar con Wladimiro! Sufro al verte junto a él y sufro porque te quiero, te adoro, te idolatro... Temo perderte, que sería tanto como perder algo superior a mi vida.

Ella le echó los brazos al cuello, lo atrajo suavemente y, besándole con súbita pasión, le respondió riendo:

—Yo también te quiero, Sergio; pero no sufro... porque sé que eres mío... ¡muy mío!

—¡Es verdad!—exclamó el príncipe—. Me tienes seguro, puedes estar tranquila y confiada...

Horas de íntima felicidad, de dicha inefable, en las que los dos esposos saboreaban el placer de aquellos últimos momentos en que habían de estar unidos. Horas más tarde,



la obligación los separaría. El volvería a campo de batalla, a luchar, a sufrir las privaciones del soldado, a arrostrar la muerte y, sobre todo, a sufrir el suplicio de la separación de la mujer adorada.

Triste "adiós" el de aquellos dos seres a al mañana siguiente, Elena abrazaba a su marido, quería retenerlo a toda costa. No oía los razonamientos del esposo; en su corazón de mujer enamorada sólo mandaba la voz de su amor y procuraba con sus mismos, con sus caricias, detener al ser querido.

Pero el príncipe no accedía a su petición. Consecuente de su obligación, iba a cumplir con su deber, llevando la sonrisa en los labios, mientras que en su alma se desencadenaba una tempestad de celos y de dudas...

—Iré hasta la estación para despedirte— exclamó finalmente Elena.

—Será mejor que te quedes aquí—le contestó el príncipe—. Me costaría más trabajo separarme de ti.

—Pero así podríamos estar más tiempo juntos—volvió a decir la princesa.

—También sería más dolorosa la despedida—insistió Sergio.

Entonces, Elena, quitándose un magnífico medallón de brillantes en el cual iba su retrato, se lo colocó en el cuello al príncipe, diciéndole:

—No te apartes nunca de este medallón, Sergio, y suceda lo que suceda piensa siempre en que nos pertenecemos el uno al otro.

—¿Qué es lo que puede suceder?—preguntó, extralado, el príncipe.

—No sé, Sergio, pero tengo miedo, mucho miedo... La guerra de fuera... la guerra de casa... todo eso puede separarnos para siempre...

—No temas, querida—exclamó él pretendiendo tranquilizarla—. Si aquí sucediese algo, huye a París... Yo me reuniré allí contigo...

Por fin, logró separarse de los brazos de su esposa y salir a la calle, y quedó sorprendido al ver el aspecto que presentaba.

Coleccione usted cada martes

BIBLIOTECA FILMS

Lea usted cada jueves

FILMS DE AMOR

Dida hoy mismo el nuevo Catálogo General que se remite a
BIBLIOTHECA FILMS.-Apartado 707-BARCELONA

LA REVOLUCION

Lo que se temía, la nube cargada de electricidad había estallado. La revolución había lanzado su grito de terror y el pueblo, amotinado, destruyendo cuanto salía a su paso, sin mirar en nada que no fuera en satisfacer sus instintos de venganza, mataba y aniquilaba cuanto significase nobleza. Era como un poderoso río que se hubiese salido de su cauce y a cuyo ímpetu no había muro que se opusiese. Inundaba con la precipitación de la locura y el ruido infernal de sus bramidos empezaba a oírse ya en los salones de los grandes palacios. Los disparos se oían atronar las calles y plazas y pronto quedó la ciudad en poder de los amotinados. Al llegar a la calle, el príncipe Sergio comprendió en seguida lo difícil que era la situación; quiso volver en auxilio de su esposa, pero tuvo que retroceder al ver por aquel lado avanzar un grupo de revoltosos. Huyó hacia el otro lado, con el fin de esperar el momento de entrar en su casa. Comprendía que el darse a ver era inútil. ¿Qué podría hacer él con-

tra todos aquellos centenares de hombres? Corrió hacia la estación, con el fin de ver si su regimiento seguía en su puesto, mas no pudo llegar a ella. En una de las calles fué alcanzado por un grupo de amotinados que le hirieron y le dejaron por muerto.

En el palacio de la princesa Elena se presentó inmediatamente el general, que le dijo:

— No hay nada que esperar, Elena... La multitud se ha apoderado de la ciudad. No está usted segura aquí... Vaya a reunirse con algunos de sus amigos, mientras yo intento buscar a Sergio...

Pero el hombre anciano, al salir a la calle, cayó en poder de los revoltosos y pagó también el tributo que exigía el furor de aquellas gentes...

Pasaron las negras alas de la Revolución sobre Rusia, pero nuevos ricos, nuevos magnates vinieron a regir los destinos del Imperio. Cayeron las coronas de príncipes y nobleza y todo sufrió una enorme transformación. De aquella hecatombe tan repentina no pudo ser salvado nada, todo quedó en poder de los revoltosos, y los miembros de aquella gran familia de nobles rusos, perdidos sus bienes y sus blasones, huyeron en gran número a París, a la gran ciudad que les abría los brazos protectoramente, ofreciéndoles los medios con que ganarse el sustento diario.

Allí hubo de refugiarse la princesa Elena;

pero aquella mujer que había llamado la atención por el lujo de sus vestidos, por la magnificencia de sus fiestas, el esplendor de su boato, había cambiado la rica corona de princesa por el lugar de una simple modelo en una casa de modas. Su calidad de noble y su belleza le habían abierto inmediatamente las puertas de uno de los establecimientos más célebres de París, donde concurrían muchos elegantes en busca de la aventura amorosa.

En una de aquellas exhibiciones uno de los clientes llamó al dueño del establecimiento y, refiriéndose a Elena, le preguntó:

—¿Es cierto que tiene usted aquí a una noble dama rusa?

—La que acaba de salir — respondió el modisto, sonriente—. Es una auténtica aristócrata.

—¿Podría usted conseguirme una entrevista con ella?

—Con mucho gusto — respondió el dueño—. Ya sabe usted que tengo un gran placer en servirle en todo cuanto se le ofrezca.

El cliente le entregó su tarjeta y, momentos después, cuando Elena iba a salir al salón para enseñar otra creación del modisto, éste la llamó y le entregó la tarjeta.

—No conozco a este señor — exclamó Elena indiferente.

—Es uno de mis mejores clientes, mada-

me—respondió, sonriendo maliciosamente, el modisto—. Está solo... y aburrido...

Elena comprendió inmediatamente la indigna oferta que le hacía el modisto y contestó desdeñosamente:

—Lo siento mucho por su cliente, pero tendrá que seguir solo... y "aburrido".

—¡Pero madame!—exclamó el otro, extrañado de aquella negativa—. Usted olvida que yo le pago para entretener a mis clientes...

—Yo creí que ganaba el sueldo como maniquí—respondió Elena—, pero la equivocación tiene arreglo.

Se quitó el vestido que llevaba, cambiándolo por el suyo, y terminó diciendo:

—Ya está solucionado el conflicto.

Salió a la calle, comprendiendo que en aquella ciudad tenía un enemigo poderoso, un enemigo que no la dejaría vivir tranquila, que la tendría en constante amenaza, y que aquel enemigo era su belleza. Lo veía en la virada que le dirigían los hombres a su paso, en las frases oídas al vuelo, en el aire mismo que la rodeaba, que parecía acariciarla con cierta suavidad de galantería...

Pensando así, cruzó varias calles con dirección a su casa, cuando, de pronto, quedó detenida y a punto de exhalar un grito de sorpresa... En el suelo, arrodillado y limpiando los zapatos de un transeúnte, vio al an-

ciano general. También él veíase obligado a trabajar para ganarse la subsistencia. El anciano, al terminar su servicio, levantó la cabeza y al ver a la princesa se incorporó precipitadamente, tomó una de sus manos y, haciendo una profunda reverencia, exclamó:

—Vos aquí, Alteza!

—¿Y vos, general!—contestó ella—. ¿Y haciendo de limpiabotas?

—Y haciéndolo bien, además—respondió el antiguo general—. Soy reputado como uno de los mejores limpiabotas de los boulevares... Y vos, Elena, ¿cómo vivís?

—Yo he procurado hacerme maniquí, pero he fracasado en una de las cualidades que me exigen para ello.

Demasiado sabía el general cuál era aquella cualidad y, compadecido de la pobre joven, que tan sola y sin amparo luchaba en aquella enorme ciudad, pretendió animarla y le dijo:

—Esta noche comeremos en el restaurant ruso. Allí verá a muchos conocidos.

—No quisiera, general—respondió la princesa—, que me viesen al estado en que he llegado.

—¿Cree usted que ellos están mejor?... Se equivoca. Todos, completamente todos, hemos sido vencidos en esta batalla...

No todos habían sido víctimas de la Revolución. Algunos, los de abajo, habían sa-



—Yo he procurado hacerme maniquí

lido ganando con ella y en este caso se encontraba el simpático Ivan. De ordenanza había llegado a dueño del restaurant ruso. Protegía a cuantos compatriotas suyos llegaban y les ofrecía el medio de ganarse la vida. Allí, las camareras, los cocineros, los músicos, los bailarines, cuantos prestaban servicio pertenecían a la destronada nobleza rusa e Ivan, sin dejar que su negocio fuese mal, tenía para ellos exquisiteces incomprensibles para la vida vulgar que siempre había llevado.

El alegre Ivan, como dueño del establecimiento, se multiplicaba para atender a sus clientes y muchos de ellos, parisinos neos, acudían al restaurant ante el atractivo de verse servidos por quzines antes habían poseído servidores...

Llegaban allí y lo primero que le preguntaban era que, si en efecto, las camareras pertenecían a la nobleza.

—Pueden los señores afirmar que nada hay más cierto que ello—respondía el antiguo ordenanza.

—Entonces... ¿usted será duque?—le preguntaban.

El sabía que deshacer aquella leyenda le era perjudicial y señalaba a cualquiera de las camareras diciendo y cambiando la conversación:

—¿Ve usted? Esta es la condesa tal, aquella la duquesa cuál, la otra la baronesa de Morlitoff, etc.

Y así dejaba satisfechos a los excéntricos clientes.

Cuando llegó aquella noche el general, acompañado de la princesa, se acercó a él Ivan y le preguntó, dándole la carta:

—¿Desea Su Excelencia elegir los platos?

—No, Ivan—respondió el general—. Tráenos lo de siempre.

Al decir tráenos, fué cuando Ivan se fijó

en la compañera del general y exclamó, sin poder ocultar su alegría:

—¡Oh, Alteza! ¡Cuánto honor para mí el poder servirle!

Ella levantó los ojos hacia su antiguo criado y en una mirada de profundo agradecimiento le expresó el deseo de no querer ser reconocida.

Se alejó Ivan, pero pronto, entre los sirvientes, corrió la voz de que la princesa Elena estaba allí.

La baronesa de Razinietff acudió la primera, con la excusa de servirla, y exclamó, sentándose junto a ella:

—¡Cuánta alegría, Alteza, de verla entre nosotros!

—Gracias, querida—respondió la princesa—. El general me ha dicho que os reunís aquí y he venido para veros... para veros en el mismo estado en que yo me encuentro.

—Cambemos de conversación—exclamó el general—. No quiero que la primera noche que cenamos juntos, después de tantos días de sinsabores, sea una cena triste...

—No lo estaría sino estuviere tan lejos de "él"—exclamó Elena—. Pero empiezo a temer que algo terrible le ha sucedido a Sergio... Tantos meses y sin saber ni una palabra de él.

—¿No le ha dicho usted nada, general?—exclamó indiscretamente la baronesa.

—¿Entonces usted sabe dónde está, general?—preguntó ansiosamente Elena.

El bajó tristemente la cabeza y la princesa, presagiando algo horrible, volvió a preguntarle ansiosamente:

—¿Acaso... ha muerto?

—No, hija mía—respondió en el mismo tono de dolor el viejo general—. Hubiera sido mejor que así hubiera sucedido, porque un hombre envejecido es peor que un hombre muerto...

—Pero yo necesito verle, salvarle—exclamó desesperada Elena—. Usted tiene que llevarme a donde está él... Yo se lo suplico, general. No puedo vivir sin él. Estoy segura que todo lo que hace es debido a la desesperación de no encontrarme, de no saber de mí... ¡Por Dios, general, si es verdad que tanto me quiere demuéstremelo llevándome a su lado, devolviéndolo a mí otra vez...

Suplicaba con tal ardor, había en sus palabras tanto dolor, tan acerba amargura, que el general terminó por acceder a su ruego y salió del restaurant para llevarla a donde estaba el príncipe Sergio.

LOS DOS ESPOSOS

Un drama íntimo, doloroso, de esos que solamente el que los siente puede medir su magnitud, había destruído la vida del príncipe. Para olvidarlo, para no pensar más en él, había buscado el alcohol como único lenitivo a su mal.

Colocado en la pendiente del vicio, rodó por ella, y a medida que se agitaba en el lodo en que había caído, más sepultaba su cuerpo en el cieno del ambiente en que vivía. Terminó siendo un mozo de uno de los cabarets de ínfima categoría de París, donde solamente se reunían apaches y mujeres desvergonzadas. Su pena, el dolor que siempre expresaba su semblante, había llegado a ser para aquellos seres despiadados, no motivo de lástima, sino de mofa y regocijo. Muchas veces le obligaban a beber para que, en medio de su embriaguez, les contase algo de su antigua grandeza, de su poderío pasado y aquellas escenas terminaban siempre con una sonora carcajada como burla de los

oyentes. Hasta un mote había adquirido: le llamaban el "Caviar" y él, sin indignarse, como si le fuera indiferente cuanto le rodeaba, acudía a este llamamiento.

La noche en que Elena, acompañada del general, se dirigía en su busca, el príncipe Sergio se hallaba lavando vasos al lado del mostrador, cuando un par de parroquianas, aburridas por una larga espera de sus amantes, lo llamaron, diciéndole:

—¡Eh, Caviar!

Se acercó el príncipe a ellas y una, ofreciéndole un buen vaso de bebida, que Sergio acabó de un solo trago, le dijo:

—Caviar, ¿qué es lo que dice usted que era en su país?

Apuró el otro segundo vaso y contestó:

—Era el príncipe Sergio Alexandrevitch Orloff!

—Y cómo está aquí de favaplatos?—le preguntaron riendo y ofreciéndole más bebida.

Porque mi vida es un pantano hediondo... con hermosas orillas... Todos los hombres son unos canallas y ellos me han envenenado la existencia...

A medida que hablaba, su fisonomía adquiría un aspecto amenazador y las mujeres, para calmarlo, levantaron sus vasos, exclamando en son de burla:

—¡Viva el príncipe Caviar!

En aquel instante se presentó Elena, vió el cuadro que ofrecía su esposo, medio dormido sobre la mesa, y, dirigiéndose a las mujeres que le acompañaban, les suplicó:

—¿Quieren ustedes dejarme a solas con mi marido?...

Era tan sumisa su súplica, que aquellas mujeres sintieron ablandarse por un momento la dureza de sus corazones y dejaron solos a los dos esposos.

El levantó la vista hacia Elena, como fascinado por aquella visión, y la princesa, sin poder contener las lágrimas por el dolor de ver a su esposo en aquel estado, le preguntó:

—Sergio, cuéntame... ¿Cómo es que estás aquí... cómo es que has caído tan bajo?

En la mirada del príncipe brilló un destello de desprecio y exclamó:

—¿Y te atreves a preguntármelo, cuando sé que corriste aquella noche trágica de la Revolución a los brazos de Wladimiro?

Elena se llevó las manos a la cara para ocultar el rubor que le causaban las palabras de su esposo y repuso:

—¡Sergio!... ¡Pero tú no te das cuenta de lo que estás diciendo!

El, recordando aquella noche memorable en que el destino cambió por completo la vida de tantos seres, siguió diciéndole:

—Te vi, sí... Yo había estado todo el día

buscando la ocasión de ir a casa para salvarte. De pronto fui sorprendido por la multitud, golpeado, maltratado vilmente y caí sin conocimiento cerca del palacio de Wladimiro. El fresco de la noche devolvió en mí el conocimiento y cuando, arrastrándome casi, iba hacia nuestra casa, te vi entrar, envuelta en tu capa blanca, en el palacio de Wladimiro. Corrí detrás de ti, pude llegar hasta el conde y le pregunté: "¿Dónde está Elena?" Con su cinica sonrisa, me respondió: "Usted se burla de mí, querido Orloff. Aquí no ha entrado ninguna mujer". "¡La he visto, le dije, la he visto entrar en esta casa ahora mismo!" Siguió él negando. Sobre un sofá estaba tu capa. Nos fuimos a las manos, luchamos desesperadamente; yo, por querer entrar a la habitación donde estabas oculta; él, por impedírmelo... Pero aquella lucha terminó bien diferente de como yo quería... Entraron los amotinados y uno de ellos hundió su puñal en mi pecho... Luego, no quieras saber lo que he sufrido. Llegué a curarme la herida del cuerpo, pero la del alma, la del corazón, permanece abierta y sólo vivo para satisfacer un deseo de venganza...

Sacó de un bolsillo un revólver y, extrayendo un proyectil, se lo enseñó, diciéndole:

—Este es para ti. Sacó otra bala y volvió a decir: —Para Wladimiro. Y últimamente



— A ver si es que vas a estar toda la noche durmiendo

una tercera bala, que ocultó rápidamente, exclamando: —Para mí.

Elena le oía aterrada. No comprendía cómo aquel hombre hubiera podido dudar de ella hasta tal forma, cómo dudaba todavía, después de lo mucho que había sufrido. Pero de lo que estaba segura era de que había perdido para siempre el amor de su marido, y esto era lo que más dolor le causaba. Fué a convencerlo de que todo aquello no sería otra cosa que una alucinación suya, pero el dueño del establecimiento se acercó a la me-

sa en la que estaban los esposos y, dándole un empujón a Sergio, le dijo:

—A ver si es que vas a estar toda la noche durmiendo, ganchul... Fíjate la de vasos sucios que hay en el mostrador. Ya te puedes ir para allá!

Y volviéndose a Elena, se la quedó mirando fijamente y le dijo:

—Y usted, si no tiene nada más que hacer, le ruego que desaloje cuanto antes...

Con el corazón destrozado por el estado en que encontró a su esposo, salió de la tienda, fija su mente en una sola idea: buscar a Wladimiro y hacerle confesar la verdad de todo lo que había pasado. Por muy capalla que fuese aquel hombre, no podría permitir que la vida de los dos seres se truncase de aquella forma, sin motivo alguno, sin nada que justificase un castigo tan tremendo...

Salió a la calle y se encontró con la baronesa, que la había acompañado también, y que excusó la marcha del general. Elena, llorando a más no poder, le dio cuenta de la entrevista que había tenido con su marido, de cómo éste la había despreciado y la antigua aristócrata intentó consolarla aconsejándole:

—Ahora, Elena, lo que tiene usted que hacer es olvidar y pensar en usted misma.

—Es imposible, amiga mía — respondió Elena—. Le amo con todo mi corazón. Me

vída entera daría por volver a sus brazos, por que me creyera inocente... Sin él no puedo vivir.

—Hay que ser fuerte— volvió a decirle la baronesa—. Piense que todavía somos jóvenes y no carecemos de atractivos... No hay que perder la esperanza, hasta última hora...

—No sé lo que quiere decirme—respondió Elena, que no adivinaba el alcance de las palabras de la baronesa. Esta, sin darle importancia a lo que decía, siguió su consejo:

—Esta noche tengo que ir a casa de una amiga... Una casa de juego donde no se pasa mal el rato... Ella se ha hecho riquísima; usted vendrá conmigo y ya verá cómo encuentra usted allí a una persona que se alegrará de verla...

Elena la siguió inconsciente hasta un taxi y se dejó llevar hacia aquella casa que le proponía la baronesa.

.....

No deje de solicitar el Catálogo General de BIBLIOTECA FILMS que contiene la colección más amena y sugestiva de novellitas cinematográficas. Escríbala hoy mismo (y se lo mandarán gratis a):

BIBLIOTECA FILMS - Apart.º 707 Barcelona

LA CASA DE GEORGETE

Georgete, la antigua doncella de la princesa, había sabido aprovechar el momento de la Revolución. Ella sabía dónde la princesa tenía sus joyas, dónde guardaba alguna parte del dinero y en medio de aquella confusión en que los revolucionarios lo rompían todo, lo destrozaban todo, ella tuvo serenidad suficiente para apoderarse de los objetos de valor y huir. No le remordía la conciencia por su hecho. Pensaba que de no haberse llevado ella, los revolucionarios se habrían apoderado de aquellas cuantas joyas que ella pudo salvar. Volvió a París y, haciéndose pasar una dama distinguida, montó una casa a todo lujo. Pronto circuló por París la noticia de que en aquella casa se reunían las mujeres del mundo elegante y frívolo y los hombres acudieron allí para dejarse los billetes de Banco entre sonrisas y besos de aquellas mujeres, pagadas por la astuta Georgete.

A esta casa fué donde la condujo la ba-

ronesa y la antigua sirvienta, vestida ahora con más lujo que antes su señora, expresó una gran alegría al verla, exclamando:

— ¡Su Alteza aquí... en casa de su antigua doncella!... ¡Me parece increíble!

Las hizo pasar a un saloncito reservado y, una vez dentro de él, la baronesa le expuso el objeto que allí las llevaba, diciéndole:

— Georgete, la princesa necesita de una mano amiga que la ayude... Sufre mucho... está desesperada...

La doncella sonrió maliciosamente y, acercándose a la princesa, la tomó una mano y le dijo cariñosamente:

— Permítame que yo le ayude en lo que pueda, madame...

— Si, princesa — insistió la baronesa —. Georgete se hace cargo de todo. Usted no puede seguir así, sin dinero, sin protección de nadie, en una ciudad casi desconocida.

— Mientras se resuelva su situación, la mejor habitación de mi casa está siempre dispuesta para mi señora — exclamó la doncella.

El aspecto de aquella casa le había infundido sospechas a la princesa y por si esto era poco, en aquel instante se abrió la puerta del saloncito y uno de los invitados de Georgete, completamente ebrio, entró diciendo:

—Georgete, los amigos te están esperando y tú, aquí, charla que te charla.

La antigua sirvienta, con una naturalidad que expresaba bien a las claras la costumbre de verse en casos semejantes, dió un empujón al intruso y lo echó fuera de allí. Entonces, Elena se dirigió a la baronesa y le dijo, decidida a salir de aquella casa:

—Usted me dijo que dejaba su empleo, ¿verdad?... Si Ivan me acepta, yo me quedaré en su puesto...

Luego, dirigiéndose a su antigua doncella y agradeciéndole el ofrecimiento, le dijo:

—No puedo continuar aquí. Tengo una misión que cumplir y hasta que la haya realizado no viviré tranquila. Me he propuesto encontrar al conde Wladimiro. Ese es mi único deseo.

—¿Ha dicho Wladimiro?—preguntó alegremente la doncella—. ¡Pero si está en París! Yo me encargaré de proporcionarles una entrevista.

—Gracias, Georgete—terminó diciendo la princesa, a la vez que salía de aquella casa, que le infundía tanto pavor.

Desde el día siguiente, el café Ruso tuvo una nueva camarera, una nueva aristócrata. La princesa Elena había sido admitida como tal y servía silenciosamente a los clientes. Ivan, sin olvidar lo que había sido aquella

mujer, tenía para ella todas las atenciones e incluso llegó a decirle:

—Alteza, ¿por qué no permanece en mi casa sin necesidad de trabajar? Yo no puedo olvidar los beneficios que he recibido de Su Alteza y me apena el verla sirviendo a mis clientes.

—Es inútil, Ivan—le respondió resueltamente ella—. Quiero ganarme la vida honradamente, sin tener que recibir favores de nadie. Si tú no quieres mi iré a otro sitio a trabajar.

¡Eso, no!—exclamó el ordenanza—. Su Alteza hará en mi casa lo que quiera. Si quiere trabajar, trabaja; si no quiere hacer nada, no lo haga; pero no puedo permitir que salga de aquí. Yo velaré por Su Alteza hasta que no me necesite.

—Gracias, Ivan—exclamó Elena, agradeciendo aquella muestra de cariño—. Eres el único ser que me sigue siendo fiel.

Le ofreció la mano y el dueño del café la besó respetuosamente, con la misma devoción que si fuese una reliquia sagrada.

Georgete, pensando que el deseo de ver a Wladimiro expresado por la princesa obedecería a su amor por él, no tardó de convencer al aristócrata para que tuviese una entrevista con ella. El conde, antiguo amante de la doncella, se resistía en un principio, para demostrarle a Georgete que había olvi-

dado ya a Elena. Mas ésta, más positiva que amorosa, le dijo:

—¿Crees acaso que voy a sentir celos de ella?... Yo, lo único que quiero es que la convenzas a que asista a mis reuniones. Su nombre es un espejuelo que puede atraer a más de un incauto.

—¿Pero tú crees que la princesa accederá a emprender esta vida?

Al principio, estoy segura de que protestará; pero, falta de recursos como está, no tendrá otro remedio que tomarla por buena y seguir en ella... Todo depende de como tú la trates y la convenzas.

Quedaron los dos amantes convenidos en ello, puesto que el conde, al fin, no tenía más remedio que aceptar las órdenes de George, que para eso lo mantenía y le pagaba todos sus caprichos. Después de la Revolución había huido con ella de Rusia y fué el que la indujo a implantar aquel negocio, que tan buenos rendimientos venía dándole.

Inmediatamente, por medio de la baronesa, avisó a Elena para que se presentase aquella noche en su casa, y la princesa, descando que su esposo asistiera a la entrevista, le envió recado para que por la noche viniera a buscarla al restaurant.

No faltó a la cita el príncipe Sergio e Ivan, al verlo, se acercó solícitamente a él y le preguntó:



— 63. Wieda In 7

—¿En qué puedo servir a Su Alteza?

—¿Está aquí la princesa?—le preguntó a su vez el príncipe.

—Tengo la honra de tenerla en mi casa —respondió el ordenanza.

Entonces, haz el favor de decirle que estoy aquí.

Se alejó Ivan, y Sergio, sentándose en una mesa apartada, esperó a que llegase su esposa. Apenas supo ésta que se encontraba allí el príncipe salió a buscarlo y él, sin de-

jar la fidelidad con que la había tratado desde el primer momento, le preguntó:

—Tú dirás para qué me quieres. Me has mandado llamar y aquí estoy.

—Sergio—empezó diciendo ella—, es menester que esta situación termine entre nosotros. Quiero velar por ti y que tú velas por mí... Nos pertenecemos el uno al otro...

El se la quedó mirando y, venciendo al fin el amor, que le impulsaba a abrirle sus brazos, exclamó con reconcentrada ira:

—¿Y Wladimiro?... ¿Olvidas que ese hombre está entre nosotros?

—Precisamente por eso lo busco con más ansia que si le amase... Sólo para hacerte ver tu gran equivocación...

—¡Bah!—exclamó el príncipe—. Me mientas una vez más. Quisiera creerle, estar seguro de que es verdad todo lo que me dices; pero yo te vi entrar aquella noche maldita y no puedo creer otra cosa. Todavía se me representa, como si fuera en este momento, cuando pasaste delante de mí. Te llamé y ni siquiera volviste la cara. No pude ver tu rostro, en el que llevarías impresa la alegría del momento en que ibas a reunirte con tu amante...

—Por lo que más quieras, Sergio—suplicó llorando la princesa—, ten confianza en mí; no me trates de esa forma...

Un cliente, en vista de que no le servía la

camarera de su turno, que era precisamente Elena, gritó desde su asiento:

—¿En que no hay aquí quien sirva!...

Elena se levantó de su sitio y fue inmediatamente a atender a aquel individuo. Mientras lo servía, le tomó una mano a la joven y le dijo con cierta malicia:

—¡Lindas manos! Parecen nacidas para la caricia más que para el trabajo...

El príncipe, ante el acto de aquel desconocido, no pudo contenerse y salió en defensa de su mujer. Tomó la fuente que llevaba en la mano y, arrojándola al suelo, exclamó:

—Tú no has nacido para servir a nadie ni puedo yo consentirlo.

Los asistentes al café sospecharon que iba a desarrollarse allí alguna escena desagradable y pretendieron salir. Mas Ivan entró a apaciguar los ánimos y, acercándose al príncipe, le reprochó respetuosamente su acción, diciéndole:

—Alteza... por favor... Piense lo que hace. Puede acarrearle un gran disgusto.

Sin contestar siquiera a las palabras de Ivan, salió Sergio del café, preso de la mayor desesperación. En la puerta, recapacitó sobre las palabras que le había dicho su esposa y un remordimiento interior le hizo pensar que tal vez estuviera engañado. Mas pronto saldría de dudas. La hora de cerrar

el establecimiento donde ella trabajaba no tardaría y podría ver a dónde iba.

Aguardó en la puerta un gran rato, hasta que por fin vio destacarse en la acera la gentil figura de su esposa. Tomó ésta un auto que había parado en la puerta del café y Sergiu, con el alma destrozada por una nueva duda, la siguió sin que ella se diera cuenta de la persecución de que era objeto.

Elena entró decidida en la casa de su antigua doncella y preguntó a ésta:

—¿Has encontrado a Wladimiro?

Ella sonrió maliciosamente y respondió:

—Cuando yo ofrezco una cosa no dejo hasta cumplir mi promesa. Puede Su Alteza verlo en el salotto. Allí la aguarda.

La impresión que le produjo a la joven verse frente al hombre causante de su desgracia pasó desapercibida para el conde, que le dijo galantemente:

—No sabe usted cuánta alegría siento al verla de nuevo, Elena... Nunca me atreví a soñar que usted me buscara un día... ¿Qué es lo que desea usted de mí?

Y acercándose a ella, sometido nuevamente a la pasión que en otro tiempo le había dominado, el conde se sentía nuevamente bajo el influjo de aquellos ojos que tan fielmente sabían expresar los sentimientos de su alma. Pretendió cogerle una mano, mas ella lo esquivó discretamente, diciéndole:



En aquel instante...

—Creo que se equivoca usted respecto a mis intenciones, Wladimiro.

—No la entiendo—respondió extrañado el conde.

—Yo se lo explicaré—exclamó la princesa—. Cree usted que lo he buscado por amor o por desesperación de verme abandonada en París, en esta ciudad tan desconocida para mí, y se equivoca... He venido solamente para apelar a su caballerosidad. Sergiu cree que usted y yo nos vimos en Petro-

grado la noche que él me dejó y esa idea le vuelve loco.

—¿Qué es lo que quiere usted que yo haga?—preguntó el conde, que cada vez podía comprender menos las palabras de Elena.

—Que vaya usted a verle, Wladimiro, y a convencerle de la verdad... De que no nos vimos ni entonces ni nunca.

El conde movió negativamente la cabeza y exclamó:

—Me pide usted un imposible, Elena. Yo no puedo hacer eso...

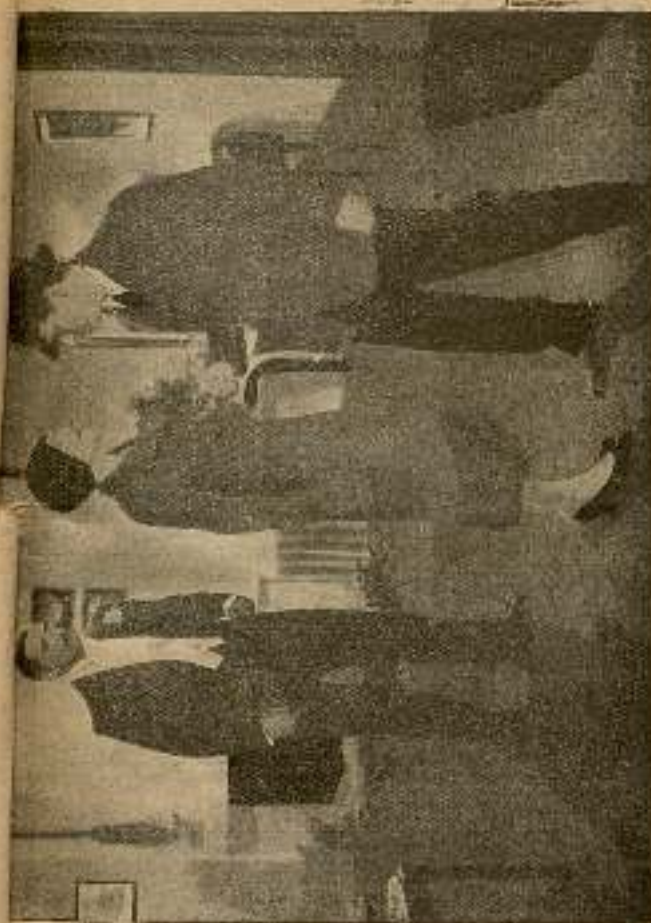
—¿Es decir, que permitirá usted que siga dudando de mí?... ¿Por qué?

—Por que no seré capaz de ir, Elena... Porque yo siempre he deseado que eso sucediese... porque estoy enamorado de usted, tanto o más que antes.

—Pero usted sabe que yo amo a mi esposo, que jamás podré faltarle, que es una locura lo que pretende...

—Pues por eso, porque es una locura, porque siempre lo creí así es por lo que me alego ahora a aceptar su ruego. Si yo le dijese la verdad al príncipe sería hacer renuncia a usted para siempre, y yo quiero, por lo menos, vivir con la esperanza de que algún día conseguiré su amor.

En aquel instante se abrió violentamente la



puerta del saloncito y apareció, con el rostro descompuesto, el príncipe, empuñando en su diestra una pistola. Al ver a los que él creía que eran amantes, lanzó una carcajada y exclamó:

—¡Ahora es mi desquite!... ¡Al fin estamos juntos!

—Príncipe, le ruego que deje explicarme —le dijo el conde.

—No es necesario—respondió el príncipe—. ¡He esperado meses y meses este momento de venganza...

—¡Sergio!—exclamó Elena—. ¡Te juro por lo más sagrado que lo que crees de mí no es verdad! ¡Yo no estuve en casa de Wladimiro!

—¡No te creo!—contestó despectivamente el príncipe—. ¡Después de lo que hiciste no me extraña que jures en falso!

—¡No intentó!—exclamó con decisión Elena, adelantándose hacia su esposo—. Pero si me crees culpable, si crees que debes matarme, aquí me tienes; pero aun así te juro que soy inocente...

La energía de su esposa dejó sorprendido a Sergio y por primera vez en su vida hizo latir la conciencia del conde. Admiraba la energía de aquella mujer, que ni en aquel instante supremo se amedrentaba ante la

amenaza del esposo. Sabía que no defendía su vida, sino su amor. Le importaba poco morir, pero en cambio quería salvar la estimación del esposo. Se sintió por una vez caballero y le dijo al príncipe:

—Alteza, voy a demostrarle que está equivocado. La princesa no tiene nada que pueda sonrojarla. Yo mismo le presentaré a la persona que vió usted entrar aquella noche en mi palacio.

Tocó un timbre y, poco después, apareció Georgete, que quedó sorprendida al ver allí al príncipe.

—¿Qué es lo que sucede?—preguntó alarmada.

—Tranquilízate—respondió el conde—. Te he llamado para que digas al verdad, solamente la verdad de lo que se te pregunte. De tu respuesta depende la vida de nosotros tres. Es preciso que digas ahora mismo dónde estuviste la noche que estalló la revuelta en Petrogrado.

—En tu casa—respondió la doncella.

—¿Cómo ibas vestida?—volvió a preguntarle el conde.

—Llevaba la capa de la princesa, la misma que habían traído días antes.

La inocencia de Elena quedaba plenamente demostrada y el príncipe, avergonzado de haber dudado de la fidelidad de aquella mujer, que sólo vivía para su amor, se lió de la casa de George sin atreverse a decir nada.

Pasaron las semanas y el príncipe, queriendo hacerse digno de Elena, abandonó la vida que llevaba y se puso a trabajar. Sentía deseos locos de procurarse una posición digna para poder ofrecerle a su esposa y entre tanto permaneció oculto para ella.

Fue inútil que la princesa lo buscara por todo París. Sergio parecía haber huido de ella para siempre y la baronesa trató de persuadirla, diciéndole:

—Elena, es preciso conformarse con el Destino. Piense en usted, en que la juventud pasa antes que nos demos cuenta. Todavía puede ser feliz con el amor de otro hombre.

Ella la atajó imperiosamente, diciéndole:

—¡Imposible! En mi vida no hay más que un hombre: Sergio. He logrado que él me crea inocente y estoy segura de que todavía llegaremos a ser felices.

—Pero, ¿acaso él no la ha abandonado?... ¿Hace algo por usted?

—No importa... Mi corazón me dice que, tarde o temprano, volveré a verle, volveré a



La inocencia de Elena

tener su cariño y espero, esperaré hasta la muerte...

¡Cuán lejos estaba ella de pensar que todas las noches, al salir del café, Sergio la acompañaba hasta su casa, sin que ella se diera cuenta. Había conseguido comprar un taxi y el príncipe, dentro de su coche, iba siguiendo a su esposa, hasta que la dejaba dentro de su humilde casita.

Un afán loco de regeneración invadía al

Príncipe. Avergonzabase de haber dudado de aquella mujer, de aquella mujer que todo lo había sacrificado a su amor. Huyó de la casa donde trabajaba. Quería hacerse digno de ella, de poder llegar hasta Elena y ofrecerle su apoyo, de poder ser otra para ella lo que había sido desde que la conoció, y este deseo incontentible lo hacía incansable para el trabajo. Rehuyó todas las personas que pudieran darle noticias suyas, quería que cuando se volvieran a ver ella misma comprendiese, sin ninguna explicación de su conducta, sin que nada obscureciese la antigua felicidad, de que era digno de su amor.

¡Cuánta alegría experimentó el día en que por vez primera se vio con varios francos reunidos! El que había derrochado el oro a manos llenas, sin pensar nunca que pudiese acabarse su fortuna, el que había derrochado en una fiesta miles y miles, al verse dueño de un puñado de francos sintióse el hombre más feliz de la tierra. Aquella sería la primera base que serviría para el cimiento de su dicha, de su reconquista de Elena y al estrechar entre sus dedos el puñado de billetes, sus ojos sintieron la humedad de unas lágrimas, lágrimas de ternura de infinita dicha. Ante él elevábase, agigantada por el pensamiento la figura de Elena y como si ella fuese su ángel tutelar, la fortuna parecía abrirle sus puertas.

¡Cuántos días, al contar sus ganancias, sonreía interiormente y exclamaba:

— Ya falta menos, dentro de poco seré dueño de mi coche; tendré un medio con que ganarme la vida, un medio honrado para ofrecérselo a Elena, para volver a sentirla junto a mí y oírla decir que me ama.

Y besaba con frenesí el medallón que la noche trágica, momentos antes de separarse de ella le regalara como emblema de aquel amor que había unido sus vidas por toda una eternidad. Lo miraba con los ojos del alma, y en delirio amoroso parecía que aquella imagen adquiría vida, adquiría movimiento y sus labios sonreían, como dándole a entender que estaba satisfecha de él, que ya empezaba a hacerse digno de ella.

Si, Elena, si exclamaba el enamorado. Yo sabré demostrarte todo mi amor, yo sabré hacerte comprender que también merezco que me ames, que cuanto hice y pensé fué tan sólo hijo de esta pasión que siempre sentí por ti.

Y en la soledad de su alcoba, sin más compañía que sus recuerdos y aquel medallón, el Príncipe se dormía conversando con el retrato de Elena, como si pudiera comprender sus palabras.

Así pasaron los días, para Elena y para

Sergio interminables. Nada vino a alterar las costumbres de los dos y la joven seguía sirviendo en el café de Ivan de camarera. Muchas noches, Sergio sintió deseos de acercarse a ella, de volverla a estrechar entre sus brazos, de suplicarle que lo perdonara por haber dudado de ella; mas el temor a no ser comprendido, a ser rechazado, lo mantuvo alejado de aquella mujer, que era para él toda la vida. El único que lo había visto una vez fué Ivan, pero el príncipe le advirtió:

—Te ruego que nada digas a mi esposa de que me has visto.

—Pero, Alteza—respondió el antiguo ordenanza—. La princesa sufre mucho con su alejamiento. Estoy seguro de que te perdonaría...

—No lo creas. Mi falta es de las que se perdonan difícilmente. Elena es demasiado orgullosa para que perdone el que haya dudado de su honor. Todo me lo perdonaría menos eso. Si le dices algo, me privarás del placer de verla todas las noches. ¿Me prometes que no le dirás nada?

El huero de Ivan hubiera querido prometer lo contrario, pero había tal dejo de dolor en las palabras del príncipe que se despidió diciéndole:

—Confíe, Alteza, que no sabrá nada por mí.

—Gracias, Ivan—exclamó el príncipe, estrechándole las manos—. Sólo te ruego que procures por ella, que no la abandones...

El invierno, crudo y frío, había hecho desaparecer la alegría de París. Las calles estaban desiertas a primeras horas de la noche y los desocupados que esperaban la noche para distraer un rato sus ocios, buscaban en los albergues de los "dancings" y "cabarets" el calor y la diversión.

Una de estas noches se había desencadenado un verdadero temporal. La lluvia caía torrencialmente y un fuerte viento azotaba los rostros, obligando a cerrar los ojos. Los pocos seres que volvían de sus ocupaciones procuraban cobijarse bajo sus paraguas, que el viento hacía inútiles.

Sergio, como todas las noches, esperaba en su coche la salida de Elena. A la misma hora de siempre, apareció ésta en el portal del café, abrió el paraguas y empezó a caminar hacia su casa. No había andado cuatro pasos cuando sus vestidos estaban ya totalmente calados. Pudo en Sergio su amor más que el temor de verse despreciado, y sin solicitar nada, sin hablar para nada de su pasión, se acercó a ella y le dijo:

—¿Quieres permitirme que te lleve hasta tu casa?

—Sergio!—exclamó ella alegremente—. ¡Por fin has venido!

El no supo qué contestar y la empujó suavemente hacia el interior del coche. Un pensamiento cruzó por la mente de Elena, acordándose de la vida que en París había llevado su esposo, y le preguntó:

—¿De quién es este coche?

—Es mío... Ya lo tengo casi pagado—respondió el príncipe.

Elena cerró la portezuela que había abierto su marido y se sentó al lado del volante para ir más cerca de él. Aquella acción demostraba bien a las claras que le perdonaba y Sergio se atrevió a decir, cuando estuvo sentado junto a ella.

—Elena, eres mucho mejor que yo, más buena de lo que yo pensaba... ¿Podrías perdonarme?

—¿Cómo no perdonarte, Sergio... si es lo que estaba deseando?

Lo estrechó entre sus brazos, se besaron con aquella adoración que unía sus corazones; y sin el lujo de tiempos pasados, modestamente, trabajando para poder vivir, la dicha inundó de nuevo sus almas y sus corazones conocieron de nuevo la felicidad de es-

tar unidos... La desgracia los había separado, pero la misma desgracia volvía a unirlos con los lazos más fuertes, más poderosos, de esos que ni aun la propia muerte tiene fuerza para destruir.

FIN

.....
¿Quiere usted aprender

Los balles de moda?

Precio de
cada
método:

25 Cts.

Pida hoy mismo los métodos de:

**TANGO ARGENTINO
EL CHARLESTON
BLACK-BOTTOM**

Si no los encuentra en su localidad, pídales hoy mismo, remitiendo su importe en sellos de Correo, y si es, para el certificado a
Biblioteca Films-Apartado 707-Barcelona

Tarjetas postales al bromuro

CELEBRIDADES DEL CINEMA

Colección de 10 postales. 2 pts colección

SERIE A

Clara Bow	Ramón Novarro
Sue Carol	Charles Parrell
Dolores del Río	George O'Brien
Janet Gaynor	John Gilbert
María Casquana	Charles Morton

ESCENAS PREFERENTES

Colección de 10 tarjetas postales.

2 pesetas colección

Los Cuatro Diablos
JANET GAYNOR

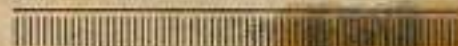
La Máscara de Hierro
DOUGLAS FAIRBANKS

— PEDIDOS A —

Biblioteca Films - A partado 707 - Barcelona

No se venden postales sueltas. Acompañar el importe en sellos de correo o por Giro Postal.

NO DEJE DE PEDIR LAS EDICIONES BIBLIOTECA FILMS



96 páginas de texto selecto
Profusión de fotografías

PRECIO: UNA PESETA

El Arca de Noé	George O'Brien
La mujer disputada	Norma Talmadge
Trafalgar	Corinne Griffith
La máscara de hierro	Douglas Fairbanks

Selección BIBLIOTECA FILMS 50 cts.

LOS TRES MOSQUETEROS	A. Simon Gerard
EL HOMBRE QUE RIE	Conrad Veidt
LA MARCHA NUPCIAL	E. Von Stroheim
CARAS OLVIDADAS	Clive Brook
CZAREWICH	Ivan Petrovich
ADORACIÓN	Billie Dove

YA ESTA A LA VENTA
EL GRANDIOSO

ALMANAQUE de Biblioteca Films

010-995-017

ADAPTADA A TODO COLOR

PROFUSIÓN DE GRABADOS
ANÉCDOTAS DE CINELANDIA
NOVELAS DE LOS MÁS GRANDES FILMS
BIOGRAFÍAS DE ARTISTAS PREFERIDOS

Precio popular: UNA peseta

CENTROS DE REPARTO:

SOCIEDAD GENERAL DE LIBRERÍA
Barbarrá, 16.-BARCELONA Casa, 1.-MADRID

Si no lo encuentra en su localidad pídalo a:

BIBLIOTECA FILMS

Apartado de Correos 707.-BARCELONA

remitiendo el importe, más cinco céntimos en sellos de correo
que se le enviará en seguida.

Tarjetas postales al bromuro

CELEBRIDADES DEL CINEMA

Colección de 10 postales, 2 ptas colección

SERIE A

Clara Bow	Ramón Novarro
Sue Carol	Charles Farrell
Dolores del Río	George O'Brien
Janet Gaynor	John Gilbert
Maria Casajua	Charles Morton

ESCENAS PREFERENTES

Colección de 10 tarjetas postales.

2 pesetas colección

Los Cuatro Diablos

JANET GAYNOR

— PEDIDOS A —

Biblioteca Films-Apartado 707-Barcelona

No se venden postales sueltas. Acompañar el importe en
sellos de correo o por Giro Postal.